

## **La utilidad de las ciencias sociales**

*Jorge Orlando Melo,*  
Instituto de Estudios Políticos y Relaciones  
Internacionales, Iepri, Universidad Nacional,

La discusión del papel de las ciencias humanas gira en buena parte alrededor del problema de su utilidad. Para un historiador, este problema se plantea en forma diferente a como se plantea para otros científicos sociales. En efecto, un amplio sector de las ciencias sociales encuentra su sentido y justificación principalmente a partir de sus posibilidades de aplicación. Sin embargo, incluso en las ciencias sociales hay disciplinas y áreas de investigación sin aparentes posibilidades de aplicación. A ellas me voy a referir en especial, no porque sean más importantes que las ciencias sociales aplicables, sino porque con frecuencia se sostiene que la única ciencia importante es la que puede contribuir a la solución concreta de problemas nacionales.

Este problema no se plantea únicamente en las ciencias sociales: también en las ciencias exactas y naturales se presenta una tensión entre las ciencias básicas y aquellas orientadas a la creación de tecnologías. Con frecuencia, los organismos de administración y estímulo a la investigación definen como prioritaria la ciencia aplicable, generalmente a partir de la argumentación de que, dada la limitación de recursos, hay que orientarlos hacia los sectores donde su uso sea más productivo.

Durante las últimas décadas, incluso la investigación histórica fue defendida e impulsada por razones pragmáticas. Para amplios sectores intelectuales, la historia podía aplicarse en forma más o menos inmediata en el mundo de la política, pues permitía definir las líneas políticas correctas, prever el desarrollo de la sociedad y fundar una actuación eficaz.

Ya nadie defiende tales interpretaciones de la historia, y casi todos los investigadores que se dedican a ella se resignan a saber que su disciplina no contribuye a resolver problemas del país, no permite diseñar estrategias de intervención social, no conduce a intervenciones pragmáticas que mejoren lo que usualmente se entiende por el bienestar de la población. Medida por tales parámetros, la historia, y buena parte de la investigación que se refiere a procesos económicos, sociales, políticos y culturales de orden global, es inútil.

A pesar de esto, es posible sustentar la importancia de la investigación en estas áreas con base en otras consideraciones. En efecto, aunque una investigación sobre la historia de la ciencia o de los partidos políticos, o sobre las formas de representación del tiempo de una comunidad indígena, o sobre la evolución del sistema bancario en la primera mitad del siglo XX, no conduce a la formulación de políticas, contribuye sin embargo a modificar la forma como nuestra sociedad y nuestra cultura se ve a sí misma.

Esto, por supuesto, no es un asunto puramente contemplativo: tiene una importancia para la acción, pero fundamentalmente para la acción mediada por proyectos globales de tipo político, social o cultural. Las decisiones concretas que toman los dirigentes del país —invertir en el desarrollo de tecnología para la gran empresa rural; dar más prioridad a una inversión en educación que a una en salud, etc.— se dan con base en información específica sobre cada problema, pero ante todo están guiadas por percepciones globales sobre el sentido de la marcha de la sociedad, por una visión más o menos clara del papel y la situación de los diferentes grupos y actores dentro de la sociedad y por un sistema de valores estrechamente ligado a tales percepciones. Estas percepciones no son necesariamente explícitas, aunque pueden serlo, y en buena parte se configuran a partir de nociones derivadas del sentido común, de las ideologías políticas, de las cambiantes configuraciones de la cultura. Los historiadores y los científicos sociales contribuyen a alterar continuamente esas configuraciones culturales, esas formas en las que la sociedad, sus grupos o sus miembros individuales se reconocen y se definen. Algunas de las representaciones culturales han sido creadas explícitamente por los historiadores, y operan como mitos que dan sentido a amplios sectores de la vida política. Un ejemplo concreto y simple de lo anterior podría darse con los diversos y contradictorios esfuerzos por construir tradiciones que den fundamento a los partidos políticos. Muchos historiadores, a lo largo del siglo pasado y comienzos de este, debatieron los méritos de Bolívar, Santander o incluso Gaitán, de tal modo que lo que se definía como su pensamiento, sus formas de acción o hasta sus figuras iconográficas, elaboradas y construidas para un uso social amplio, llegaron a hacer parte de la mentalidad colectiva del país, y sirvieron de punto de apoyo a propuestas específicas de ordenamiento social. Las dictaduras de mediados de siglo se apoyaron en algunas ideas de Bolívar, y hoy los grupos guerrilleros tratan de presentar su acción como continuación del proyecto bolivariano. Los textos escolares, la educación, la escuela primaria, con sus intentos de fundar un civismo basado en la tradición de los "próceres", creaban el contexto cultural que permitía el uso político de la tradición así creada.

La ciencia social, que en Colombia tiene una historia relativamente breve, ha contribuido a modificar lo anterior. Es posible que la obra de

Gerardo Reichel Dolmatoff, de Orlando Fals Borda, de Jaime Jaramillo Uribe, de Luis Ospina Vásquez, no haya tenido ningún impacto directo sobre los problemas sociales del país.

Pero si ha existido en el país algún efecto evidente —aunque no sea este el más importante— de la ciencia social y de la historia apoyada en ella, ha sido el de desplazar el eje del discurso histórico escolar. En vez de la contraposición agónica liberal-conservadora, de la polarización entre los "buenos" y los "malos", entre los "amigos" y los "enemigos", interesa ahora y se discute en las escuelas, primarias y secundarias, una historia definida por otros problemas: variedad y heterogeneidad de la constitución étnica y cultural del país, reconocimiento de la diversidad cultural, visión del conflicto como anclado en lo social y no exclusivamente en lo político, valoración de los creadores de cultura, de lo diferente y lo disidente, importancia del proceso de desarrollo económico y de los proyectos de transformación social a lo largo de la historia.

Además, se trata de una historia y de un conocimiento de la sociedad que se presenta como problemático y crítico, como el resultado de un proceso de investigación y reflexión y no como un saber recibido; como un conocimiento que es el resultado del diálogo y la confrontación y no proviene de ninguna autoridad. Cualquiera que vea los textos de primaria que se usan hoy en las escuelas encontrará una verdadera revolución, que incluso ha sido vista por algunos sectores como un proceso de envenenamiento de la infancia, al descubrir a los jóvenes —horror de los horrores— que Colombia es una sociedad con conflictos, con clases sociales, con violencia.

En el mismo terreno de la historia, es posible advertir otras formas como contribuye a modificar la autopercepción y la definición propia de los colombianos, su visión de lo nacional, lo regional o lo local: me refiero a los diversos esfuerzos de historia regional y local, que redefinen de manera activa el contenido de la tradición cultural activa en las diversas zonas del país.

¿Qué importancia puede tener esto? Simplemente la importancia de la cultura. La vida humana no es una suma de acciones económicas, productivas, sociales, políticas, culturales, pues toda acción se hace en el marco de un proceso de intercambio comunicativo, lingüístico o pragmático, que hace parte de la cultura, y cuyo sentido sólo puede definirse a partir de esa inscripción en la cultura. Solo en el horizonte de la cultura, explícita o implícitamente, se definen los proyectos de una sociedad y de sus miembros, y en ella adquieren sentido los hechos de producción o los procesos de la ciencia y de la técnica. Por ello, en un país confuso y enfrentado a graves problemas que no tienen soluciones sencillas y para los cuales no es posible encontrar recetas a partir de "investigaciones" que busquen simplemente resolver problemas puntuales, resulta de gran importancia mantener una reflexión seria y

realista sobre la realidad nacional, como la que puede realizar una ciencia social e histórica comprometida con el país pero no orientada pragmáticamente. Este argumento, que ve la "utilidad" de este sector de las ciencias sociales en su contribución a la generación de un discurso racional y tolerante que modifique las condiciones de la comunicación en la sociedad, para que esta ponga los principios de la razón como guía en la definición de sus proyectos sociales y políticos, es, en cierto modo, una apelación renovada al ideal de la ilustración, aunque nuestra definición de la "razón" pueda ser hoy radicalmente distinta a la esgrimida en el siglo XVIII.

Quizás también la verdadera utilidad del desarrollo de las ciencias exactas y naturales esté también en este orden de cosas, pues es poco probable que nuestra ciencia contribuya substancial y ampliamente al desarrollo de conocimientos que alteren radicalmente la tecnología productiva. Pero aun si nuestros aportes en este plano resultan, en dos o tres décadas, apenas comparables a los que pueda ofrecer una buena universidad norteamericana, este no es el verdadero problema, pues también las ciencias exactas y naturales, así como las ingenierías, contribuyen con su desarrollo a modificar las formas del discurso racional del país, a desarrollar una mentalidad "científica" en todos los niveles de la sociedad, que desplace las formas de mentalidad tradicionales.

De este modo, en la medida en que estimula la formación de una sociedad capaz de ver su realidad con mayor complejidad y realismo, capaz de confrontar diversos proyectos sociales con tolerancia y racionalidad, el desarrollo de la ciencia resulta de primordial importancia, en términos políticos y culturales. Y ese sector de las ciencias sociales que no tiene utilidad pragmática, que busca simplemente comprender, con realismo y sobriedad, la sociedad, en su presente y en sus raíces, resulta tan importante como el que se orienta a responder a los problemas concretos del país.

Sin embargo, probablemente solo en el sistema universitario puede encontrar un apoyo adecuado: mientras que las ciencias aplicadas, por ofrecer respuesta a las necesidades de quienes toman decisiones en el orden gubernamental o empresarial, tienen al menos un mínimo de demanda, la historia y la ciencia social más "desinteresadas", que dirigen su discurso al conjunto de la sociedad, y que con frecuencia se enfrentan a los poderes representados en el Estado, sólo pueden encontrar un ambiente propicio en el mundo universitario.

*Memorias del Seminario sobre Ciencia y tecnología: La universidad nacional de Colombia y la política nacional de Ciencia y Tecnología.* Bogotá, febrero 22 a 24 de 1989. Bogotá, UN y Colciencias, 1989, pp. 131.-145